

IGNACIO CASTRO REY

UNA HABITACIÓN EN EL DRINA

Este escrito fue precipitado por un viaje, pero ya venía fraguándose antes, intercalado con una amplia suerte de reflexiones abstractas. Así transcurrió el verano, por un pasillo de imágenes y ecos, no exento de algún fantasma. Este texto es pues un viaje dentro de otro, rehaciendo la experiencia estival con retazos de conversación, imágenes de momentos vividos y meditaciones de dos largos meses. Ante todo, se trata de un pequeño ensayo sobre los eslavos, sobre los Balcanes como maqueta de Occidente. Y también sobre la religión, la singularidad serbia en Europa, el estruendo y el silencio. Más una inevitable reflexión sobre la soledad y la relación. ¿Demasiados temas? No, sólo hay uno, pero dejo al lector la tarea de darle un nombre.

¿Un ensayo desde el laboratorio “mundial” que es la antigua Yugoslavia? Por supuesto, exagero, pero la aparente “exageración” es un gesto fundamental del pensamiento. Sin ella no se captan los signos, no salimos de la media aritmética, ni se descubre la línea general de una deriva lenta de las cosas, con frecuencia soterrada. El viaje acaba cuando terminas esta memoria. Sólo entonces regresas. Aunque de un auténtico viaje nunca se vuelve, pues te ha convertido en lo que no eras.

MOYÁZHIZN

¿Destino? *Beograd*. No me digan que no resulta curioso que el arduo *fatum* griego haya devenido una simple localidad ociosa para visitar, por muy venerable que ésta sea. De cualquier modo, con el desarraigo de un viaje perdemos seguridad, esa rutina familiar que nos estropea el sabor de las cosas, que nos impide *ver*. Cada lugar desconocido que atravesamos nos arranca capas de humor distintas, franjas inesperadas de nuestro complejo modo de ser.

Somos y no somos lo que éramos, pero una prueba de nuestra madurez es la convivencia casi continua de la que somos capaces, la actuación social sin estridencias. Y eso que, como algún amigo te confiesa, tú también tienes problemas con la

«pertenencia» y la «mitomanía». Ni Elvis ni Picasso, en efecto, ni Heidegger ni Celan: cuando se fijan, aborrecemos los grandes nombres. Debemos más bien entender el mito como un lugar que siempre debe permanecer incierto, sin llenarse, corroyendo con su vacío los clichés a los que tendemos. Si quedan ídolos, que sean turbios y resistan el barro de la duda, la prueba del tiempo.

De ahí esa continua lucha, con uno mismo y con los demás, para que cada lugar sea la ocasión de un experimento, con su pequeña crisis. Es posible que, como dice Sokurov, siempre estemos rehaciendo nuestra casa. Pero se trataría de ampliar sus líneas hasta que se confunda con los límites inciertos del mundo.

Es latente en casi todas las esquinas que visitamos una cierta modestia campesina. Mezclada con la reserva eslava, con esa legendaria desconfianza del Este hacia el que viene de lejos. ¿Qué fue primero, el miedo o la derrota, la desconfianza o la humillación real? ¿Qué ha ocurrido en un pasado remoto para que persista casi siempre este rastro de reserva, de melancolía? ¿Solamente los abusos de poder, la nieve y el silencio helado del invierno, la espesura del bosque? Freud decía que las neurosis desaparecen con la guerra. Tanto o más que otros pueblos, ¿los eslavos hicieron la guerra también para escapar al silencio de su paz, a sus fantasmas interiores? Aunque es evidente que hoy la gente está un poco harta de que le pregunten por la última contienda, de la que no están particularmente orgullosos.

Aparentemente, el escenario idílico que vemos por doquier no permite explicar la guerra reciente. Pero, ¿y las guerras anteriores? Sobre estas regiones escarpadas está, en todo caso, la historia, no menos escarpada. Las murallas de algunas ciudades y monasterios hablan de la fiereza de las luchas de antaño y del temor a los enemigos, fueran los turcos, Venecia o cualquier otro. Como en España o Rusia, en esta frontera natural de Occidente, Bizancio, el imperio Otomano y el imperio Austro-húngaro, las rivalidades tribales, las distintas culturas y religiones han estado constantemente en pugna. Y es que además, la naturaleza balcánica es en sí misma emboscada. ¿Se podría decir que el espesor vegetal que es necesario atravesar en esta región constituye algo así como el Amazonas de la geografía europea? Posiblemente exageramos, una vez más, pero de cualquier modo esa potente naturaleza pone su impronta en cualquier creación humana de esta región¹. Cuando paramos en las pequeñas villas para descansar, casi siempre nos topamos con hombres y mujeres corpulentos, como si estas regiones abruptas exigiesen un esfuerzo *muscular* para ser simplemente habitadas. No está claro, por tanto, que este paisaje frondoso sea en sí mismo apacible, invite únicamente al lirismo. Hasta hace relativamente poco, tanto en Montenegro como en Serbia, probablemente había de valle a valle obstáculos naturales que no todos podían salvar.

Como decía con humor un lugareño, este país sería estupendo si pudiera ser *planchado*. En resumen, si se le pudieran quitar las arrugas, las curvas y fuera estirado. La *Nato*, por lo que sabemos, optó en su momento por parcelar simplemente las arrugas, cubriéndolas con el nacionalismo y la homogeneidad cultural. Dividir y recomponer, táctica de todos los imperios.

Mientras tanto, el romanticismo alimenta nuestro viaje, permitiéndonos respirar en los bordes del canon. Como tantas veces, deambulamos por las afueras de los escenarios, por nuestras barriadas existenciales. ¿A la caza de qué? Cazados por el secreto, más bien. Tiene gracia, casi todos somos ya *basculantes*, como los eslavos y los seres fronterizos. A la manera de aquella parada en Zvornik, en la República Srpska, para comer algo. En un polo, el ritmo contagioso que se ensaya para una boda. En el otro, la lenta masa verde del Drina bajo la llovizna, con sus pequeños botes y sus barqueros. El embalse quieto y la conversación loca, mientras esquivas las gotas que caen. ¿Era esto Yugoslavia, así es uno mismo? Tanto unos como otros, intentamos federar repúblicas parecidas, pero distantes. Mantenemos una existencia inestable, discutible. ¿Vivir siempre ha sido así, latir de este modo intermitente, no acabar nunca de ser reconocido, de ser *percibido*?

Atardeceres rojizos, madrugada de bruma. Pasear, mirar el brillo oscuro de un Danubio que avanza en completo silencio. Y después la entrada en Montenegro, el río Lim y Serbia del otro lado, con las moles rocosas y el cañón impresionante del río Tara. Inolvidable el resplandor inmóvil del lago Skadarsko, peana de las montañas azuladas de Albania. Todo ello con la textura de un lienzo en la lejanía. Claro que la lejanía siempre es hermosa. Tal como escuchaste una tarde de este mismo verano: Si estás cerca de la cascada, el estruendo no te deja contarle; si estás lejos, apenas distingues más que un reflejo.

Fondo borroso de montañas, habitaciones de madera. Cuando el alegre tren trepa en la luminosa mañana de las montañas, más confesiones de viaje con personas que difícilmente volverás a ver: «¿Qué *autoritarismo*? Si no fuera por una disciplina brutal que he aplicado sobre mí, algo que siempre asustó a mis amigos, hace tiempo que me habría suicidado». Sí, el corazón solo, sin el frío *no* de la cabeza, es mortal. También esto lo confirmas en Serbia, en Montenegro. Pero una y otra vez, el exterior te arranca de ti mismo -para eso viajas-, como esas monjitas que rezan en el monasterio de Mileseva, bajo su famoso Ángel Blanco. Una novicia mira con curiosidad, mientras las velas parpadean en la pequeña *kapela* que los serbios llaman *čirak*. Penumbra dorada por las llamas. ¿Sabemos viajar? ¿Cuántos de nosotros se han demorado en ese silencio encendido por la piedad de nuestros anfitriones?

Carreteras lentas, difíciles, a veces en obras y carcomidas en los bordes. Al parar, una y otra vez, sentimos las mujeres y hombres corpulentos que habitan este

país abrupto. Tanto, que la primera impresión que producen los serbios, si sumas la envergadura a la reserva, es la de agresividad. Aunque luego, felizmente, nunca se confirme. Sobre la altura de los jóvenes montenegrinos, alguien comenta en Kolasin: «Parece que quieren escapar de la tierra». ¿De la agricultura hacia el baloncesto? Good luck... and be careful! Aunque, de acuerdo, la suma de rapidez y potencia podría ser un buen esquema para Montenegro, para la Serbia de mañana.

Sin excepción, las películas que se proyectan en la pequeña pantalla del autobús son inferiores a la epopeya incesante del paisaje, a la narración muda que brota de los valles y las laderas boscosas, las casas solitarias sin acabar, las escasas figuras humanas, las sombras montañosas, los caminos que se pierden en el bosque. Acacias, franjas de hierba, recuerdos. La distancia y el rumor del itinerario te permiten soñar otra vez tu vida con los ojos abiertos. El cansancio, decía Handke, nos hace porosos a la épica de los seres². Y al menos para algunos, el encanto de los parajes desconocidos -aquella impresionante grieta hendiendo las montañas bosnias- se convierte en metáfora de lo que no sabemos de nosotros, de la distancia que nos habita. Baudrillard recordaba que el desarraigo nos permite percibir anómalos signos de vida, incluso en la cultura de masas que invade nuestro entorno. Como si fuésemos extranjeros a nosotros mismos, marcianos en este mundo de estrépito³.

Nunca te sientes del todo extranjero. Nunca tampoco sencillamente integrado, en casa. La paramnesia, el *dejà vu* permite esta ambivalencia. Todo lo que nos rodea recuerda a lo propio, pero mutado, con una pequeña y desconcertante variación. ¿Cómo si los Balcanes fueran desde siempre una réplica de nuestro mundo, un puente para otra posibilidad?

El trayecto rueda un travelling sin guión, arrancando momentos de silencio en nuestra normalidad. Oplenac, Topola, Mokra Gora, Zlatibor, Sirogojno, Bjelasića: la música de los nombres marca un rito de paso y dice algo de la letra de una historia, aunque no sepamos muy bien qué. Coníferas, robles, algún abedul. Prados sin hollar, anuncios vetustos, adorables casitas de madera. A la manera de Pessoa, esta procesión de mundos podría ser un emblema de la felicidad simplemente porque esa vida no es la nuestra, la que hemos de sostener con esfuerzo⁴. La corriente de imágenes es testigo mudo de una existencia secreta, que interrumpe los momentos de expansión colectiva. El misterio de las caras y las esquinas oteadas al pasar, las habitaciones de noche en el hotel, alimentan la distancia y nos permite sobrellevar mejor el inevitable estereotipo de una abigarrada compañía humana que se prolonga, día tras día. Los periodos de autobús se convierten entonces en momentos de descanso de la socialidad diaria, antes de la siguiente parada y su cosecha de encuentros.

De cualquier manera, un poco similar a Portugal u otros sitios, es patente y llamativa la diferencia de nivel entre lo que es *cultura* y lo que es *naturaleza*. Com-

parada con la soberbia tierra que nos envuelve, al menos parte de lo que vemos construido por el hombre, salvo alguna edificación antigua y algún hallazgo moderno, es un poco desmañado, pobre. Con frecuencia, como en otros lugares, lo más antiguo y abandonado es lo más moderno. Pero esto es secundario, pues ese fondo salvaje sigue ahí y podemos sentir la indiferencia de los árboles a nuestra orgullosa historia.

Los frescos más valorados, al cañón más largo después del Colorado, el primer puente de cemento armado. La obsesión por el récord -aunque sea el campeonato del mundo de water polo-, que los guías repiten sistemáticamente al hablar de las excelencias del lugar, es típica de la oferta turística y más comprensible todavía en unas naciones nacientes en busca de reconocimiento, que sienten en entredicho su integridad.

Sin embargo, aunque soleada, toda esta oferta de servicios vino del frío. En medio de ella, podría pensarse que nuestro orden social se parece a una prisión con las puertas abiertas. Al igual que en *El ángel exterminador*, no hay paredes, y sin embargo, casi nadie es capaz de salirse de los circuitos donde vegetamos dulcemente. Un aspecto significativo de la estrecha condición europea actual es nuestra dificultad para *viajar* de verdad, para hacer otra cosa que transportar nuestra autosatisfacción. Lo demuestran todos los componentes tópicos del turismo, incluidos esos planes alfombrados para no vivir nada imprevisto, que no se parezca al esquema adquirido en la oferta de nuestros cómodos hogares.

Un buen viaje demuestra al mismo tiempo la anchura del mundo -incluso del mundo misterioso que hemos dejado atrás, que nos hemos habituado a ignorar- y las paredes infinitamente flexibles de nuestro encierro global. No nos limita ninguna pared, sino la costumbre de no perforar la costra de la inercia para tomar en serio el enigma de las cosas, la posibilidad de su metamorfosis. En este punto, la frecuente infantilización de nuestra sociedad es la coartada para congelar nuestra infancia, ese candor que, por razones médicas y éticas, debía tener un adulto. Así al menos lo manifiesta Chéjov en su arte de navegar la irregularidad, de extraer una geometría de las variaciones vitales, de reconocer una forma en la discontinuidad de los latidos, los temores, las esperanzas⁵.

Comparado con nuestro aprisionamiento turístico, el fondo de sociedad nativa que nos rodea, sea en Sarajevo o en Belgrado, parece misteriosamente libre. Serán *pobres* -habría que ver qué es riqueza, qué es pobreza-, pero hacen su vida, secreta. Ellos, que nos sirven, parecen moverse con soltura. Nosotros, los servidos, estamos agarrotados en el plan de la oferta. Y la misma sensación se repite con frecuencia, también en aquel par de montañeses del Valle de los Héroe que hablaban un poco de español y sonreían delante de sus cervezas. Estos *guiris* que siempre buscan un buen cuarto de baño, ¿les producían envidia o un poco de pena?

Pobreza, penumbra, cristales empañados, ríos bajo la llovizna. Te acuerdas de aquel pasaje: «Dios de todos los hombres, protege a nuestros hermanos del Este». Pero esta impresión, incluso en Serbia, se tiñe un poco de sabor mediterráneo, es menos desgarrada y sobrecogedora que en Rusia. No conviene confundirse, nos insisten, pues las matrículas extranjeras en Veliko Gradište se corresponden no tanto con visitantes de lejos como con serbios emigrantes que regresan en vacaciones. A diferencia de los rusos, los serbios sí emigran, lo cual indica que la reserva eslava tiene menos concentración en este sur adriático. Aún así, qué lejos esta ruda tipología balcánica, en las costas y en el interior, de la dulzura sureña que se respira incluso en las rías gallegas.

Y sin embargo, palpita el verano por todas partes, reconocible hasta en la lluvia que cae. También en los pequeños pinos que adornan las puntas imposibles de los altos riscos en el parque de Sutjeska. El gris de la roca y la silueta de las sombrillas vegetales se recortan contra el cielo de la tarde como en una estampa china. Sobre todo, encontramos el estío en la superficie tibia y cristalina del Adriático, en los reflejos azules y verticales de la luz solar al bucear hacia el fondo. Agua abajo, es como si el resplandor submarino reprodujese el del horizonte exterior. Mientras nadamos, los rayos iluminan a plomo la tranquila sima verdeazulada. Ebriedad del baño, sol y gritos en el barco. Después, el canto de miles de cigarras en Lokrum, aquella isla de pinos y rocas frente a Dubrovnik, cuenco de piedra bordada por el encaje de la marea. El esplendor de su leyenda granítica absorbe la oleada de turistas, ávidos de fotos típicas.

La “era del acceso” quiere también países *servidos*. El encanto de todo lo que vemos, sin embargo, tanto en Dubrovnik como en París, estriba en lo que todavía no está instalado y tiene algo de piel, de arrugas, de sangre en las venas. Por eso es imprescindible una amistad nativa que te *adentre* en los sitios, que te introduzca en ellos como un invitado personal, no como un turista más, un personaje de otro mundo en busca de baratijas. ¿Visitas guiadas? Si en el ocio no decidimos nuestro itinerario, ¿como se puede pensar que lo hacemos en la normalidad? La disculpa de que no conocemos el lugar es un poco extraña, ya que hemos elegido estar allí.

DE RÍOS Y HOMBRES

Aunque tal vez la gran incógnita sigue a orillas del río Miljacka. Ciudad desconchada y *cool*, cargada de una historia que apenas desgrana un oscuro guía judío, Sarajevo nos tienta con mil callejas y un aire cosmopolita y melancólico que a veces puede recordar a Lisboa. Sumergidos en una deliciosa irregularidad que puede ser

musulmana o judía, no quedan muchas huellas de la guerra, que en todo caso, como en Belgrado o en Dubrovnik, se convierten en un motivo más de la oferta turística. En cuanto puede, todo el mundo exhibe el carnet de víctima. Y todos tienen razón.

Sin embargo, aunque las retenciones frecuentes en las fronteras sugieren que las heridas y la desconfianza siguen abiertas, parece que la música une todavía a la antigua Yugoslavia, con estrellas que recorren indistintamente las seis naciones en que se ha dividido el sueño de Tito, a quien todavía se le dedica una calle en Sarajevo. Y también une a toda la región la misma lengua y una voluntad de abrirse al exterior, de ser parte de Europa, una de sus culturas-bisagra. Posiblemente la voluntad serbia de «quedar bien», de abrirse y salir del laberinto de repúblicas y enfrentamientos, ya comenzó antes de Tito. ¿Por eso ahora es sorprendente para un español la soltura que los herederos de Yugoslavia tienen con el idioma inglés?

Estamos en tiempo de cosecha, en medio de la tregua terrenal del verano, así que racimos de muchachas enjalbegadas recorren la noche de los paseos marítimos en busca de diversión y de pareja. Rutilantes hacia sus desconocidos escenarios, estos cuerpos esculturales con cara difícil, ni germana ni latina, aún denotan una irregularidad que le costará pasar por la pantalla occidental, esta ansiedad europea de la normalización.

Los Balcanes son una metáfora de Europa, en cierto modo invertida. Todo nuestro orbe es ya «balcánico», con una simbiosis forzada de fragmentación y comunicación, de división y federación, de soledad y organización. La imagen primera y última de esto es un ciudadano medio que resulta perfectamente inexpresivo en la cercanía, aunque conectado con cualquier lejanía que no le altere personalmente. Fijémonos que entre los europeos cada nación es distinta y solamente una burocracia se empeña desde arriba, a un precio alto -los fuertes como Alemania pagan en dinero, los débiles como España en independencia-, en la uniformización. Entre los habitantes de la antigua Yugoslavia, sin embargo, ocurre lo contrario: todo es similar, aunque Europa se ha empeñado en la diferenciación. Así, dado que el serbocroata se ha dividido en seis dialectos nacionales, aparte de la natural facilidad balcánica para los idiomas, los habitantes de cada república fronteriza pueden decir hoy que hablan cinco idiomas más. Y esto sin contar el *balcanglish*.

Al margen de las creencias de cada cual, el fenómeno del retroceso de la religión es importante por sus implicaciones políticas. No hace falta que lo diga Obama: de un modo u otro, la idea de Dios vivía de la certeza en la anomalía, en una alteración inevitable de las normas de los hombres. La digitalización de Europa parece que ha acabado con esto. Actualmente el diseño mayoritario de las minorías, la conversión mediática de la mayoría en un rodillo cargado de alternativas, es lo que ha hecho difícil la religión como una vivencia de la singularidad, del secreto de cada ser.

El imperativo de transparencia acaba con el aliento de las cosas, su ambigüedad, su respiración, pues todo ha de fijarse en una identidad reconocible. Y no parece ajena a esto, por cierto, la obsesión por grabar, por fotografiar⁶. En todo caso, es difícil separar esta coacción general de las dos últimas décadas del destino último del proyecto yugoslavo. Tal vez incluso los totalitarismos de ayer, y los nacionalismos de hoy, son un epifenómeno de esta tendencia moderna a la identificación, una voluntad de fijeza que volverá en otras formas mañana. Una vez más, tampoco esta visión querría ser simplemente «pesimista». Si acaso, querría serlo hacia lo consagrado, preservando los derechos de lo pequeño.

Es tal vez la incompreensión europea del *espíritu de la religión*, incompreensión sociológica de origen «marxista», lo que ha llevado a creer, como si la religión fuera la pertenencia a un club privado, que ortodoxos, católicos y musulmanes no podían convivir juntos como lo han hecho durante siglos. Juntos, *también* porque todos creen en un Dios, nombre que siempre se le ha puesto a aquello que no pertenece al hombre ni a la sociedad; si acaso, a la tierra. Los Balcanes actuales son un ensayo, quizás también una víctima, de esta tendencia europea a la *definición* normalizadora, a una limpieza cultural -cuando ya la cultura es poco más que un gesto social del individualismo- que requiere que cada entidad tenga bordes fijos. La asociación mundial requiere miembros bien delimitados. Bajo nuestra estatización regionalista, que ha arraigado de Cataluña a Florida, estorba incluso que las niñas lleven su velo islámico en nuestras escuelas. Con la coartada del peligro musulmán, eslavo o gitano, la militarización de nuestras sociedades continúa, aunque todos esperamos que no tenga las consecuencias trágicas de la península yugoslava⁷.

La fragmentación reciente de Yugoslavia es parte de un fin generalizado de la comunión con el otro. No resulta del fin del comunismo, sino de un fin de la comunidad del afecto, término que crea una humanidad ya no se siente segura más que bajo una identidad reconocible, un logo cultural, a ser posible un Estado. Nadie se siente ya a salvo sin esa pantalla, pues se ha perdido la fe en la existencia a favor del control. De la vieja comunidad del encuentro y el intercambio hemos pasado a la pertenencia institucional, complementada por la información. El «apagón analógico» en el plano técnico tiene su correspondencia política en el fin de una generosa indefinición que sostenía las relaciones. De lo comunitario pasamos al aislamiento en unidades compactas, personales o colectivas, y su posterior asociación. Individualismo en el plano vital y nacionalismo en el orden público son anillos concéntricos.

El estatismo regional, estructurado en un perfil, es la base de la comunicación mundial. En este sentido, todo nuestro mundo europeo tiende a la balcanización, a la fragmentación en unidades cerradas y egoístas, con la federación posterior de ese narcisismo. Libanización y helvetización, se ha dicho, cohabitan. No sólo el

sueño de Tito se ha visto estrellado. Es el sueño europeo el que se ha *adelgazado*, por eso en Francia y Alemania nos pasamos el día enfundados en una guerra de cifras. Bajo esta paz perpetua decretada tras el mercado, sigue la guerra tibia: Europa y EEUU, Inglaterra y el continente prolongan su propia hostilidad interactiva. Después, sin el freno de modales que nos impone el clasismo democrático -unos son de los *nuestros*; otros, no-, esa hostilidad se prolongó violentamente en los Balcanes. De lejos es muy fácil tomar partido en las matanzas, para después ser solidario con unas víctimas escogidas.

Es el odio que se desata por todo lo que *no ha ocurrido* entre nosotros, debido a las decisiones vitales que no hemos tomado. De cualquier manera, la guerra, siempre está ahí. Y aquí, pues el enfrentamiento nunca puede ser excluido. En una sociedad de individuos maniatados, basta un cambio inesperado en la situación para que el amable vecino se pueda transformar en una fiera. En general, en el mundo moderno es la crisis de fe en la comunidad, en una especie de comunismo natal, lo que ha facilitado la guerra, no lo contrario. Crisis que implica también la conversión de la religión en instrumento de la homogeneización cultural, de la furia nacionalista. Al final va a resultar que Samuel P. Huntington no estaba tan descaminado⁸.

Finalmente, los Balcanes pueden ser también una metáfora de nuestra más íntima personalidad, reunida con esquirilas previamente separadas, fragmentadas, aisladas. Primero, como creyentes en un poder «global» que es la superstición de la época, nos convertimos en masa *personalizada*, en una encarnación individual de la comunicación. Limpiamos nuestra personalidad para ser plenamente sociales. Nos reeducamos para ser funcionales, visibles, seguros en una identidad reconocible. El imperativo global de transparencia requiere un perfil lo menos «raro» posible, con vistas a evitar una exclusión que se ha convertido en el Satán de la época. Nadie quiere estar solo, escuchar “voces”, las de los márgenes. Como si la soledad no pudiera ser buena -por ejemplo, el inicio de *otra* comunidad-, necesitamos afirmar un *perfil* nítido, sin resto de alma. Después federamos esa dimisión de nuestra existencia, socializamos esa polvareda de vivencias en que nos hemos convertido: el blog, el apartamento y los ligues, el gimnasio, Facebook, los cursos de actualización, de inglés... En resumidas cuentas, nos blindamos en un individualismo conectado, que nos permite ser solidarios a distancia.

Aunque naturalmente la vida sigue, de un modo u otro, la visita a la región del Morava y el Drina, con sus cien ríos afluentes, sus cordilleras abruptas y las sinuosidades de la costa, aglomeradas ahora en seis naciones, no deja de ser una visita guiada a la frágil socialización de nuestros fragmentos actuales.

Cada nación de las seis, con sus características propias, parodia también un sector de nuestras experiencias especializadas, guiadas suavemente por un especia-

lista. Serbia encarna nuestro fondo de seriedad, un poco trágico y místico, preparado para resistir en los momentos cruciales. Croacia y Montenegro, la socialización salvaje bajo la luz solar. Bosnia, nuestros experimentos de riesgo... ¿Europa y las viejas naciones de Yugoslavia pasarán entonces del estalinismo estatal, centralizado, a un estalinismo social disperso? Por lo pronto, cada entidad, persona o nación, ha de convertirse en guardián de su propio centeno, como diría Salinger. Víctimas y verdugos a la vez, todos sonreímos en nuestro experimento de encierro, comunicando nuestro aislamiento. Lo cual representa, es cierto, una genial fusión del poder con el narcisismo de cada cual.

Nuestro orden político es “fan de ti”, esto es, de todas las idioteces que te mutilan existencialmente y te convierten en un nudo trasparente de la red social que, sin embargo, es opaca en su puesto de mando. Así, mientras la Sociedad te dirige, también mima tu narcisismo, de manera que eres un consumidor feliz y hasta tienes vacaciones, donde sigues consumiendo sociedad. Nuestro orden social es como un *perpetuum mobile* alimentado por un miedo inconfesable, que cada cual se guarda para sí mismo. ¿Recuerdan aquello de «La bolsa o la vida»? La vida en paro, a la espera del fin de semana; la identidad social, contratada de manera indefinida, pues cualquier identidad tiene su lugar bajo el sol de la información. Puedes ser cualquier cosa con tal que confieses, que salgas del armario, que te conviertas en una identidad reconocible. ¿No puede ser éste un resumen de nuestra condición global? Pues bien, es posible que su eficacia se esté ensayando de nuevo en los Balcanes.

¿QUIÉN TEME A SERBIA?

A pesar de tantas diferencias, el conjunto de los Balcanes le puede poner la puntilla a la mitología de la Ilustración que todavía arrastramos. Bizancio, el imperio ruso, los turcos, el imperio austro-húngaro... El viaje a la península balcánica es el encuentro con varias culturas muy distintas donde todo estaba, y aún está, *ilustrado*, ordenado según una lógica civilizatoria. El Imperio Otomano era un modo de ilustración, así como el Imperio Austro-húngaro o el Imperio Ruso. Y también el proyecto antiguo de la Gran Serbia. Imperios con diez tipos de crueldades distintas, pues ninguno de ellos se limitaba a imitar a otros. Cada uno de ellos muestra que la ilustración siempre es un balance dosificado de barbarie y orden; en pocas palabras, una barbarie ordenada. Como dice Le Carré, “La barbarie es fruto de la mediocridad”. Cada civilización es un sistema de crueldad. Ésta no es tanto un producto del despotismo del poder cuanto de un modo de entender la normalidad.

Serbia no es peor ni mejor que otras naciones. Si algunos sentimos cierta debilidad por ella es debido a que llevó con mucho la peor parte en el reparto de culpas de la última guerra. Frente a las otras cinco naciones en que se fragmentó la antigua Yugoslavia, el caso de Serbia es también distinto por el hecho de vacilar aún entre el liderazgo político y la disolución turística, entre el Este y el Oeste, entre Europa y el mundo. Y tal vez esto está bien, en principio, dado que en el Oeste hay ya suficientes naciones-resort. Salvando las distancias, igual que los japoneses o los chinos imitan y ridiculizan los estereotipos occidentales, sin apearse un ápice de su cultura distante, así los rusos o los serbios podrían imitarnos sin apearse de su fuerte diferencia. ¿Bombardeamos Serbia porque eran fumadores empedernidos? A juzgar por lo que aún fuman hoy, podría parecerlo. Pero no, probablemente bombardeamos la nación que conservaba y conserva una vocación «épica» que no estamos dispuestos a aceptar sin protección nuclear. La “virilidad” serbia no ha salido del armario, no se ha hecho transparente. Además, para desgracia de Belgrado, la crisis yugoslava coincidió con una depresión particularmente aguda del poder ruso. ¿Permitiría Putin que hiciéramos con los «eslavos del sur» lo que permitió Yeltsin?

La relación con la irregularidad abrupta del territorio y con una historia de guerrillas constantes marca estas naciones, tanto o más que al resto del mundo eslavo. Sobrepuesto al relieve sinuoso, la historia no ha sido precisamente tranquila en esta tierra fronteriza. El territorio, la música, la lengua, incluso el *carácter* de los rostros, adquieren un aire intrincado. Se dice que el serbo-croata es de los pocos idiomas plenamente fonéticos, con tantas letras como sonidos. Es posible, pero al principio el cirílico y su pronunciación también parecen laberínticos... aunque ellos, sin duda, nos entiendan mejor que nosotros a ellos.

La música forma un *continuum* que nos acompaña, pero sin término medio entre la energía y la reserva, las lágrimas y la euforia. De igual manera que la historia balcánica es una constante tensión entre fragmentación y unión, un tira y afloja entre secesión y reunión imperial, la música de los serbios padece una oscilación constante entre tristeza y provocación.

«Dejamos el río Sava, entramos en Europa», recita con ironía la voz de nuestra guía. Bromas aparte, toda la cultura serbia está afectada de peninsularidad. El parentesco con cierta España se reproduce. La reserva de muchas poses, los valles multiplicados, el resultado final de la guerra de hace quince años, todo ello insiste en el temor de un país atrapado por su propio interior, por una mística de su historia y su diferencia. Lo cual no es necesariamente un mal signo -¿qué nación sobrevive sin un mito incuestionable?-, pero es necesario hacerlo correr, hacerlo compatible con el mundo. Y ahora Serbia es geográficamente interior, sin salida al mar. Por encima, a esta nación un poco concentrada en sí misma le quitan el corazón del interior, ese ór-

gano vital llamado Kosovo. Es normal que los serbios tarden en ser felices un poco más que sus vecinos. Lo dijo aquel hombre joven y resuelto, a los pocos días de la resolución de los expertos de la ONU: «Con negociaciones o sin ellas, no sabemos cómo, pero no podemos renunciar a Kosovo». Quizás el tema ya lo merodeó Machado: ¿Cómo arrancarse una espina del corazón sin arrancarse el corazón?

Con una potencia física reducida y una posición excéntrica con respecto a Europa, la cercanía del Islam le marca, así como un pasado histórico de invasiones y reconquistas. El dilema actual de Serbia, así, casi espiritual: la decisión de rendirse o no al imperativo de adelgazamiento, a la *atenuación* necesaria para que una entidad pequeña sea admitida en el planetario global. Hasta el poderoso Israel tiene que hacer alguna concesión en este sentido, y a veces no sólo de imagen. Cada nación debe encontrar, al menos con una mano, la forma de no ser épica, ni mística, ni heroica. En suma, encontrar la forma de ser “normal”, accesible, competente económicamente, hasta turística. ¿Lo logrará Serbia sin perder su carácter?

Tal vez se trate de *actualizar* esa diferencia histórica y cultural con una fortaleza corriente de algún tipo, a la vez educacional, económica, científica y técnica, por supuesto, también política. No parece que el turismo sea una opción crucial. En todo caso, como diría un analista estadounidense -disculpen el chiste-, una garantía de paz para la región es una Serbia fuerte. Pero esa fortaleza debe fluir, encontrar una manera de comunicar, de intercambiar, de compartir. Y ello sin necesidad de entregarse en manos de “Europa”, una comunidad europea, por lo demás, bastante diluida. ¿Una nación que ha sido balcanizada a la fuerza no tiene derecho a balcanizar su relación con Europa, a establecerse en ella con una estrategia distante, una reserva selectiva?

Para los que tienen prisa, sencillamente, parece ser que los serbios deberían pedir disculpas por ser fuertes, por ser diferentes. Pero esto tampoco sería suficiente. Europa seguiría desconfiando, pues necesita mansedumbre cercana a la que ayudar y, más al fondo, el peligro de un entorno bizarro, se llame Rusia, Irán o Turquía. ¿Serbia va a acercarse a Europa pareciéndose a Eslovenia, renunciando a sus lazos con el Este? Desde el punto de vista político, la encrucijada actual de Serbia podría expresarse así: cómo ser fuertes y ser a la vez *modernos*. En otras palabras, como hacerse moderno sin debilitarse. Doble tarea que es exactamente la que mantienen, sin decirlo jamás, Holanda, Inglaterra, Francia, EEUU, Alemania y otras naciones que se pasan la vida incentivando el debilitamiento de los otros, a los que querrían convertir en satélites.

Dicho sea de paso, al modernizarse Serbia jamás debería abandonar la agricultura, como ha hecho España con esa fuente primaria de independencia. ¿Qué es un país que no tenga suficiencia alimentaria? ¿Qué significan los incendios forestales

del verano? En las naciones *terciarias* no sabemos qué hacer con la agricultura, tendemos a dejarla a la maleza, a las urbanizaciones o a los campos de golf. Abarrotamos las urbes y despoblamos el campo, pero esto hace que la tierra se venga con la humareda veraniega de lo primario, aterrorizando al turismo terciario. Una vez más, lo rechazado por mortal regresa de manera letal.

Utilizar el carácter, pues, como fuente de modernización. ¿Es esto imposible para la nación que ha hecho de *punte* tantas veces? El modelo alemán no les sirve exactamente, ni el británico, ni siquiera el ruso. No hay modelos, de acuerdo. Pero Serbia tiene que encontrar la forma de mantener su decisión histórica relanzando otra vez el proyecto de una nación presente, activa, sin complejos.

¿Están los serbios impresionados por Europa? Supongamos que no se equivocan, que hoy los europeos no somos patéticos, una civilización dormida al amparo del «amigo americano». En todo caso, desde finales del pasado siglo, el mundo es muy ancho y existen muchas direcciones y aliados posibles. Serbia no tiene su América para compensar el magnetismo europeo, pero tiene que encontrar la forma de acercarse sin disolverse, sin “integrarse” en una medianía comercial que tal vez no vaya a ser eterna.

Al menos desde la caída del muro de Berlín, lo entiendan o no los intelectuales europeos, el Continente se ha hecho *doméstico*. Y esto no sólo en el sentido de “domesticado”, sino también en el sentido de reducido, ensimismado. A pesar de las excelentes intenciones de George Steiner, nuestro humanismo es en general la coartada de una posición subordinada, tanto en el aspecto cultural y político como en el militar. Y a veces una posición bastante reactiva, precisamente en el orden *espiritual*¹⁰. De Rusia a China, de Colombia a Turquía, de la India a Estados Unidos, existe todo un *creciente* mundo exterior, organizado de otro modo y -en buena medida- con otros parámetros, que con frecuencia ignoramos. Serbia pertenece a Europa, esto es indudable, pero hay muchas formas de *pertenecer*... y no todas ellas son serviles. Además, bajo la apariencia de uniformidad existen distintos centros de gravedad. Alemania no es Francia, Italia no es Holanda. Serbia tiene que tomarse el tiempo de barajar su propio abanico de opciones, su “tercera vía”. Aunque para ello no pueda contar con la independencia económica y política de una Gran Bretaña y su modelo *euroescéptico*.

Madrid, 29 de septiembre de 2010

¹ Desde luego, esta naturaleza abrupta y peligrosa no se acopla muy bien a la tierra maquillada que Steiner imagina como paisaje típicamente europeo. Se ve que, como buen profesor, no se ha apeado mucho de las pistas asfaltadas, ni siquiera en sus paseos bucólicos: “(...) ese paisaje ha sido moldeado, humanizado por pies y manos (...) Al viajero nunca le parece estar muy lejos del campanario del próximo pueblo”. Steiner, George (2005) *La idea de Europa*, Siruela, Madrid, ps. 42-43. Se puede recordar que, muy lejos de esta posición humanista y eurocéntrica, está un francés que siempre ha alabado la “superioridad” de la cultura angloamericana debido precisamente a su relación con la exterioridad. Deleuze ironiza frecuentemente sobre la endogamia espiritual de su país natal y lo que llama “la enfermedad europea de trascendencia”, esto es, la manía de los franceses de “nadar en torno a su padres”. Cfr. Deleuze, Gilles (con C. Parnet) (1980) *Diálogos*, Pre-Textos, Valencia, ps. 45-61.

² Handke, Peter (1990) *Ensayo sobre el cansancio*, Alianza, Madrid, p. 67.

³ Baudrillard, Jean (1997) *Cool memories*, Anagrama, Barcelona, 1997 (2ª ed.), p. 183.

⁴ Pessoa, Fernando (1978) “Ao volante do Chevrolet”, *Antología de Álvaro de campos*, Editora Nacional, Madrid, p. 260.

⁵ Chéjov, Anton (2003) *Mi vida. Relato de un hombre de provincias*, Alianza, Madrid.

⁶ De cualquier manera, resulta difícil fotografiar algo que no sea un cliché. Como norma, fotografiamos fotografías. Por eso alguien puede comentar con sorna, ante la multiplicación de aficionados a las vistas pintorescas: “¡Existen las postales!”. Pero parece que no nos atreviéramos a vagar *entre* las cosas, encajonados como estamos en estos planes (el entretenimiento es mucho menos inocente de lo que parece) y en nuestras dudas acerca de lo que no esté archivado. Nietzsche tendría razón incluso en esta época multimedia: preferimos la momia, que está cristalizada, al cuerpo vivo, que se mueve y puede desaparecer. Las cámaras fotográficas permiten así que el ciudadano refleje el entorno que a su vez lo refleja, que nuestra conducta obedezca al circuito cerrado en el cual nos sentimos seguros. Con las fotografías *demostramos* nuestra existencia y la de nuestra vitalidad, mientras dudamos de ambas, pues todo este “nivel de vida” está en entredicho día a día por nuestro enclaustramiento creciente. Con las imágenes tenemos testimonio luminoso de nuestro paso, cuando ya no confiamos en nuestras huellas, en la memoria de haber vivido algo que nos cambie.

⁷ Cfr. Jacques Rancière, “El racismo, una pasión que viene de arriba”, en el simposio, *Los romántes, ¿y quién da más?*, Montreuil, 11 de septiembre de 2010. Fuente: <http://www.mediapart.fr/node/92825>

⁸ El libro de Huntington será políticamente todo lo perverso que se quiera, pero, en dirección mucho menos ingenua que Fukuyama, arroja una perspectiva y unas informaciones insólitas sobre el escenario geopolítico posterior a la caída del Muro. Huntington, Samuel P. (1997) *El choque de civilizaciones. Y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, pp. 19 ss.

⁹ John Le Carré, entrevista en *El País*, lunes 27 de septiembre de 2010.

¹⁰ Tanto Rusia, como EEU o el mundo árabe, a pesar de reconocer nuestros horrores, quedan fuera de la mirada un poco altanera que Steiner dirige al resto del mundo desde la culta Europa. George Steiner, *La idea de Europa... op. cit.*, ps. 43 ss.